

# CONTENTAMIENTO

## Volumen 6 – Sermón No. 320

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL DOMINGO 25 DE MARZO DE 1860,  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN LA CAPILLA DE NEW PARK STREET, SOUTHWARK**

***“Pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación”  
Filipenses 4:11***

El apóstol Pablo era un hombre muy culto, pero no la menor de sus múltiples adquisiciones en la ciencia era ésta: había aprendido a estar contento. Tal aprendizaje es mucho mejor que mucho de lo que se adquiere en las escuelas. Su aprendizaje puede mirar cuidadosamente hacia el pasado, pero con demasiada frecuencia aquellos que recogen las reliquias de la antigüedad con entusiasmo, son desconsiderados con el presente y descuidan los deberes prácticos de la vida diaria. Su aprendizaje puede abrir lenguas muertas a quienes nunca obtendrán ningún beneficio vivo de ellas. Mucho mejor es el aprendizaje del apóstol. Era una cosa de utilidad siempre presente, e igualmente útil para todas las generaciones, uno de los logros más raros, pero uno de los más deseables.

Pongo al más veterano y al más erudito de nuestros hombres de Cambridge en la forma más baja, comparado con este apóstol erudito, porque éste es sin duda el grado más alto en *humanidades* al que un hombre puede llegar y haber aprendido, en cualquier estado en que se encuentre, a estar contento. Ustedes verán de inmediato al leer el texto, en la superficie misma, que el contentamiento en todos los estados no es una propensión natural del hombre.

Las malas hierbas crecen rápidamente, la codicia, el descontento y la murmuración son tan naturales al hombre como las espinas al suelo. No hay necesidad de sembrar cardos y zarzas, ya que surgen con suficiente naturalidad, porque son propios de la tierra, sobre la que descansa la maldición, por lo que no hay necesidad de enseñar a los hombres a quejarse, ya que se quejan con suficiente rapidez sin ninguna enseñanza. Pero las cosas preciosas de la tierra deben ser cultivadas. Si queremos trigo, hay que arar y sembrar; si queremos flores, hay que tener un jardín y todos los cuidados del jardinero.

Ahora bien, el contentamiento es una de las flores del cielo, y si queremos tenerlo, debe ser cultivado. No crecerá en nosotros por naturaleza, es la nueva naturaleza la única que puede producirlo, e incluso entonces debemos ser especialmente cuidadosos y vigilantes para mantener y cultivar la gracia que Dios ha sembrado en él.

Pablo dice: "He aprendido a contentarme", tanto como decir que en un tiempo no sabía cómo hacerlo. Le costó trabajo llegar al misterio de esa gran verdad. Sin duda, a veces pensaba que había aprendido, y luego se derrumbaba.

Frecuentemente también, como a los muchachos en la escuela, le golpeaban los nudillos; frecuentemente descubría que no era fácil aprender esta tarea, y cuando por fin la había alcanzado, y podía decir: "He aprendido, en cualquier estado en que me encuentre, a estar contento con ello", era un anciano canoso al borde de la tumba, un pobre prisionero encerrado en la mazmorra de Nerón en Roma.

Nosotros, mis hermanos, bien podríamos estar dispuestos a soportar las debilidades de Pablo, y compartir el frío calabozo con él, si nosotros también pudiéramos por cualquier medio alcanzar tal grado de contentamiento. No os dejéis llevar, ninguno de vosotros, por la necia idea de que podéis estar contentos sin aprender, o aprender sin disciplina. No es un poder que pueda ejercitarse naturalmente, sino una ciencia que debe adquirirse gradualmente. Las mismas palabras del texto podrían sugerir esto, aunque no lo supiéramos por experiencia. No necesitamos que se nos enseñe a murmurar, sino que se nos enseñe a estar de acuerdo con la voluntad y el beneplácito del Señor nuestro Dios.

Cuando el apóstol hubo pronunciado estas palabras, inmediatamente hizo un comentario sobre ellas. Lee el versículo duodécimo: "Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad".

Noten primero, que el apóstol dijo que sabía cómo estar humildemente. Este conocimiento es maravilloso. Cuando todos los hombres nos honran, entonces muy bien podemos estar contentos, pero cuando el dedo del desprecio nos señala, cuando nuestro carácter es mal visto y los hombres nos silban al borde del camino, se requiere mucho conocimiento evangélico para poder soportarlo con paciencia y alegría.

Cuando aumentamos y crecemos en rango, y honor, y estima humana, es cosa fácil estar contentos, pero cuando tenemos que decir con Juan el Bautista: "Debo menguar", o cuando vemos a algún otro siervo avanzado a nuestro lugar, y a otro hombre llevando la palma que habíamos anhelado sostener, no es fácil sentarse quieto, y sin un sentimiento envidioso gritar con Moisés: "¡Quiera Dios que todos los siervos de Jehová fueran profetas!".

Oír que otro hombre es alabado a expensas de uno mismo, encontrar que las propias virtudes de uno son puestas en un contraste para resaltar la excelencia superior de algún nuevo rival; esto, digo, está más allá de la naturaleza humana, ser capaz de soportarlo con gozo y agradecimiento, y bendecir a Dios.

Debe haber algo noble en el corazón del hombre que es capaz de deponer todos sus honores tan gustosamente como los tomó, cuando puede someterse tan alegremente a Cristo para que lo humille, como para que lo levante y lo siente en un trono.

Y, sin embargo, hermanos míos, ninguno de nosotros ha aprendido lo que el apóstol sabía, si no estamos tan dispuestos a glorificar a Cristo por la vergüenza, por la ignominia y por el oprobio, como por el honor y por la estima entre los hombres. Debemos estar dispuestos a dejarlo todo por Él. Debemos estar dispuestos a descender para que el nombre de Cristo ascienda y sea mejor conocido y glorificado entre los hombres. "Se vivir humildemente", dice el apóstol.

Su segundo conocimiento es igualmente valioso: "Sé tener abundancia". Hay una gran cantidad de hombres que saben un poco cómo ser abatidos, que no saben en absoluto cómo abundar. Cuando son puestos en la fosa con José, miran hacia arriba y ven la promesa en el firmamento, y esperan un escape. Pero cuando son puestos en la cima de un pináculo, sus cabezas se marean, y están listos para caer.

Cuando eran pobres solían batallar, como ha dicho uno de nuestros grandes poetas nacionales.

***"Sin embargo, muchas cosas, imposibles de pensar,  
Han sido traídas por la necesidad a la plena perfección.  
De ahí procede la audacia del alma,  
la agudeza del ingenio y la diligencia activa;  
y si en paciencia se toma, repara nuestras vidas".***

Pero fíjate en los mismos hombres cuando el éxito ha coronado sus luchas. Sus problemas han terminado, son ricos y han crecido. ¿Y no habéis visto a menudo a un hombre que ha surgido de la nada a la riqueza, cuán orgulloso de su cartera se vuelve, cuán vanidoso, cuán intolerante? Nadie pensaría que ese hombre ha tenido alguna vez una tienda, no creerías que ese hombre ha vendido alguna vez una libra de velas, ¿verdad? Es tan grande a sus propios ojos, que uno pensaría que la sangre de todos los Césares debe correr por sus venas. No conoce a sus viejos amigos. El amigo familiar de otros días ahora pasa de largo con apenas un gesto de reconocimiento. El hombre no sabe cómo abundar, se ha vuelto orgulloso, está exaltado por encima de toda medida.

Ha habido hombres que han sido elevados por un tiempo a la popularidad en la iglesia. Han predicado con éxito y han hecho alguna obra poderosa. Por esto la gente los ha honrado, y con razón.

Pero luego se han convertido en tiranos, han codiciado la autoridad, han mirado despectivamente a todos los demás, como si los demás hombres fueran pequeños cerditos y ellos enormes gigantes. Su conducta ha sido intolerable, y pronto han sido derribados de sus altos puestos por no saber tener abundancia.

Había una vez un pedazo de papel cuadrado colocado en el púlpito de George Whitefield, a manera de aviso, que decía así: "Un joven que ha heredado recientemente una gran fortuna, solicita las oraciones de la congregación". Bien pedía la oración, porque cuando subimos la colina necesitamos orar para mantenernos firmes. Bajando la colina de la fortuna no hay ni la mitad de temor a tropezar. El cristiano deshonra mucho más su profesión en la prosperidad que cuando está siendo humillado.

Hay otro peligro: el peligro de volverse mundano. Cuando un hombre descubre que su riqueza aumenta, se maravilla de que el oro se le pegue a los dedos. El hombre que tenía lo justo, pensaba que si tenía más de lo que necesitaba sería excesivamente liberal. Con un monedero de un chelín tenía un corazón de una guinea, pero ahora con un monedero de una guinea tiene un corazón de un chelín. Se da cuenta de que el dinero se adhiere y no puede quitárselo.

Habéis oído hablar de la araña que se llama "hilandera del dinero". No sé por qué se la llama así, excepto que es una de esas arañas que no puedes quitarte de los dedos, se te mete en una mano, luego en la otra, luego en la manga, está aquí y allá, no puedes deshacerte de ella a menos que la aplastes rotundamente, así sucede con muchos en su abundancia.

El oro es algo bueno cuando se usa, la fuerza, los hilos del comercio y de la caridad, pero es algo malo en el corazón, y engendra "óxido de mal olor". El oro es una buena cosa para estar de pie, pero una mala cosa para tener sobre los lomos, o sobre la cabeza. No importa, aunque sea tierra preciosa con la que un hombre es enterrado vivo. ¡Oh, cuántos cristianos ha habido que parecían destruidos por sus riquezas! ¡Cuánta delgadez de alma y descuido de las cosas espirituales han sido provocados por las mismas misericordias y generosidades de Dios!

Sin embargo, esto no es una cuestión de necesidad, pues el apóstol Pablo nos dice que él sabía cómo tener abundancia. Cuando tenía mucho, sabía cómo usarlo. Le había pedido a Dios que lo mantuviera humilde; que cuando tuviera las velas extendidas, le sobrara lastre; que cuando su copa rebosara, no dejara que se desperdiciara; que en su tiempo de abundancia estuviera listo para dar a los necesitados; y que como fiel mayordomo, pusiera todo lo que tenía a disposición de su Señor. Este es el aprendizaje divino. "Sé vivir humildemente y tener en abundancia".

El apóstol continúa diciendo: "en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre". Es una lección divina, permítanme decir, saber cómo estar saciado, porque los israelitas estuvieron saciados una vez, y mientras la carne estaba aún en su boca la ira de Dios vino sobre ellos. Y ha habido muchos que han pedido misericordias, para satisfacer la concupiscencia de su propio corazón, como está escrito: "el pueblo se sentaba a comer y a beber, y se levantaba a regocijarse".

La saciedad de pan ha hecho a menudo saciedad de sangre, y eso ha producido desenfreno de espíritu. Cuando los hombres tienen demasiado de las misericordias de Dios, es extraño que tengamos que decir esto, y sin embargo es un gran hecho, cuando los hombres tienen mucho de las misericordias providenciales de Dios, sucede a menudo que tienen muy poco de la gracia de Dios, y poca gratitud por las bondades que han recibido. Están llenos, y se olvidan de Dios; satisfechos con la tierra, se contentan con prescindir del cielo.

Tengan la seguridad, mis queridos oyentes, de que es más difícil saber estar saciado que saber tener hambre. Saber cómo tener hambre es una lección aguda, pero saber cómo estar saciado es la lección más dura después de todo. ¡Tan desesperada es la tendencia de la naturaleza humana al orgullo y al olvido de Dios! Tan pronto como alguna vez tenemos una doble reserva de maná, y comenzamos a acapararla, engendra gusanos y se convierte en un hedor en las narices de Dios. Tengan cuidado de pedir en sus oraciones que Dios les enseñe a ser saciados.

El apóstol sabía aún más cómo experimentar los dos extremos de la saciedad y el hambre. ¡Qué prueba es ésa! Tener un día un camino sembrado de misericordias, y al día siguiente encontrar el suelo debajo de ti desprovisto de todo consuelo. Puedo imaginar fácilmente al pobre hombre contento con su pobreza, pues se ha acostumbrado a ella. Es como un pájaro que ha nacido en una jaula y no sabe lo que significa la libertad.

Pero para un hombre que ha tenido mucho de los bienes de este mundo, y por lo tanto ha estado lleno, ser llevado a la absoluta penuria, es como el pájaro que una vez se elevó en la más alta ala, pero ahora está enjaulado. Esas pobres alondras que a veces se ven en las tiendas, siempre parecen como si quisieran mirar hacia arriba, y están constantemente picoteando los alambres, agitando las alas y queriendo salir volando.

Lo mismo sucederá contigo, a menos que la gracia lo impida. Si has sido rico y eres abatido hasta ser pobre, encontrarás difícil saber "cómo tener hambre". En verdad, hermanos míos, debe ser una lección aguda. A veces nos quejamos de los pobres, de que murmuran. Ah, nosotros murmuraríamos mucho más que ellos si nos tocara la misma suerte.

Sentarse a la mesa donde no hay nada para comer, y cinco o seis niños pequeños llorando por pan, era suficiente para romper el corazón del padre. O para la madre, cuando su marido ha sido llevado a la tumba, contemplar el hogar en penumbra, estrechar a su recién nacido contra su pecho y mirar a los demás, con el corazón viudo recordando que están sin un padre que les procure el sustento. Debe necesitarse mucha gracia para saber cómo tener hambre.

Y para el hombre que ha perdido un empleo y ha estado caminando por todo Londres, quizá mil millas, para conseguir un lugar, y no lo consigue, volver a casa y saber que cuando se enfrente a su mujer, su primera pregunta será "¿Has traído pan a casa?". "¿Has encontrado algo que hacer?" y tener que decirle "No, no ha habido puertas abiertas para mí". Es difícil probar el hambre, y soportarlo con paciencia.

He tenido que admirar y mirar con una especie de reverencia a algunos de los miembros de esta iglesia, cuando me he enterado después de sus privaciones. No se lo decían a nadie, ni venían a mí, sino que soportaban sus sufrimientos en secreto, luchaban heroicamente a través de todas sus dificultades y peligros, y salían más que vencedores. ¡Ah! hermanos y hermanas, parece una lección fácil cuando la ves en un libro, pero no lo es tanto cuando la pones en práctica. Es difícil saber cómo estar saciado, pero es una cosa aguda saber cómo tener hambre. Nuestro apóstol había aprendido ambas cosas: tanto a tener abundancia como a padecer necesidad.

Habiéndoles expuesto así el propio comentario del apóstol Pablo, al ampliar las palabras de mi texto, permítanme volver al pasaje mismo. Se preguntarán ahora por medio de qué curso de estudio adquirió este apacible estado de ánimo. Y de una cosa podemos estar muy seguros, no fue por ningún proceso estoico de autogobierno, sino simple y exclusivamente por la fe en el Hijo de Dios.

Es fácil imaginar a un noble cuyo hogar es la morada del lujo, viajando por el extranjero con fines de descubrimiento científico, o yendo al mando de alguna expedición militar al servicio de su país. En cualquiera de los dos casos, puede estar muy contento con su comida y sentir que no hay nada de qué quejarse. ¿Y por qué? Porque no tenía derecho a esperar nada mejor, no porque fuera comparable con su rango, su fortuna o su posición social en casa.

Así nuestro apóstol. Había dicho: "Nuestra vivienda o ciudadanía está en los cielos". Viajando por la tierra como peregrino y extranjero, se contentaba con tomar la comida de los viajeros. O entrando en el campo de batalla, no tenía motivo para quejarse de que los peligros y las angustias rodearan a veces su camino, mientras que otras veces una tregua le proporcionaba algunos intervalos pacíficos y agradables.

Si volvemos al texto, observaremos que la palabra "cualquiera" está escrita en cursiva. Por lo tanto, si no la omitimos, no necesitamos poner sobre ella un gran énfasis en la interpretación. No hay nada en el hambre, ni en la sed, ni en la desnudez, ni en el peligro, que invite a nuestro contentamiento. Si estamos contentos en tales circunstancias, debe ser por motivos más elevados que los que nuestra propia condición nos ofrece. El hambre es una espina afilada cuando está en manos de severa necesidad.

Pero el hambre puede soportarse voluntariamente durante muchas horas cuando la conciencia hace que un hombre esté dispuesto a ayunar. El reproche puede tener un colmillo amargo, pero puede ser soportado valientemente cuando estoy animado por un sentido de la justicia de mi causa. Ahora bien, Pablo consideraba que todos los males que le sobrevenían eran justos incidentes del servicio a su Señor. De modo que, por el amor que profesaba al nombre de Jesús, las penurias de la servidumbre o de la mortificación propia se sentían ligeras sobre sus hombros, y su corazón las soportaba alegremente.

Hay una tercera razón por la que Pablo estaba contento. La ilustraré. Muchos veteranos se complacen en relatar los peligros y sufrimientos de su vida pasada. Mira hacia atrás con más que satisfacción, a menudo con autocomplacencia, los terribles peligros y angustias de su heroica carrera.

Sin embargo, la sonrisa que ilumina sus ojos y el orgullo que se asienta en su altiva frente arrugada cuando relata sus historias, no existían cuando se encontraba en medio de las escenas que ahora describe. Sólo cuando los peligros han pasado, los temores se han disipado y el asunto está resuelto, su entusiasmo se ha encendido hasta la llama.

Pero Pablo estaba en una posición ventajosa aquí. "En todas estas cosas", dijo, "somos más que vencedores". Sea testigo de su viaje hacia Roma. Cuando el barco en el que navegaba fue atrapado y conducido ante un viento tempestuoso, cuando la oscuridad cubrió los cielos, cuando ni el sol ni las estrellas aparecieron en muchos días, cuando la esperanza falló en todos los corazones, sólo él soportó con gran valentía. ¿Y por qué? El ángel de Dios estaba a su lado y le dijo: No temas. Su fe estaba predestinada, y como tal, tuvo tanta satisfacción pacífica en su pecho mientras duró la tribulación como cuando ésta terminó.

Y ahora quiero recomendar la lección de mi texto muy brevemente a los ricos, un poco más extensamente a los pobres, y luego con simpatía y consejo a los enfermos, a aquellos que son dolorosamente probados en su persona por el sufrimiento.

Primero, a los **ricos**.

El apóstol Pablo dice: "He aprendido a contentarme cualquiera que sea mi situación". Ahora bien, algunos de ustedes tienen, en cuanto a sus circunstancias, todo lo que el corazón puede desear. Dios los ha colocado en tal posición que no tienen que trabajar con sus manos, y con el sudor de su rostro ganarse el sustento. Tal vez penséis que no es necesario exhortaros a que estéis contentos. Hermanos míos, un hombre puede estar muy descontento aunque sea muy rico. Es tan posible que el descontento esté al sentarse en el trono, como al sentarse en una silla, una pobre silla de espaldar roto en una casucha. Recuerden que el contentamiento de un hombre está en su mente, no en la extensión de sus posesiones.

Alejandro, con todo el mundo a sus pies, clama por otro mundo que conquistar. Se lamenta porque no hay otros países a los que pueda llevar sus armas victoriosas, y sumergirse hasta los lomos en la sangre de sus semejantes, para saciar la sed de su insaciable ambición. A vosotros que sois ricos, es necesario que os hagamos la misma exhortación que a los pobres: "aprended a contentaros".

Muchos ricos que poseen una hacienda no se dan por satisfechos porque haya una esquinilla de tierra que pertenezca a su vecino, como la viña de Nabot, que el rey de Israel necesitaba para poder hacer un huerto de hierbas junto a su palacio. "¿Qué importa", dice, "aunque yo tenga todas estas hectáreas, si no puedo tener la viña de Nabot?". Sin duda, un rey debería haberse avergonzado de pedir esa insignificante media hectárea del patrimonio de un pobre hombre.

Pero así es, los hombres con grandes propiedades, que apenas son capaces de cabalgar, pueden tener esa vieja caballería en sus corazones, que siempre grita: "¡Den, den! Más, más!" Cuando tenían poco, pensaban que con diez mil libras sería suficiente. Cuando las tienen, quieren veinte mil libras. Cuando las tienen, todavía quieren más. Sí, y si lo tuvieran, sería: "¡Un poco más!". Así sería continuamente. A medida que aumentaran sus posesiones, también aumentaría el ansia de adquirir propiedades. Debemos, pues, insistir sobre los ricos en esta exhortación: "Aprended en vuestro estado a contentaros".

Además, hay otro peligro que con frecuencia acecha al hombre rico. Cuando tiene suficiente riqueza y propiedades, no siempre tiene suficiente honor. Si la reina lo nombrara juez de paz del condado, ¡qué glorioso sería mi señor! Hecho esto, nunca estará satisfecho hasta que sea caballero, y si fuera caballero, nunca estaría satisfecho hasta que se convirtiera en barón, y mi señor nunca estaría satisfecho hasta que fuera conde, ni siquiera entonces estaría del todo satisfecho a menos que pudiera ser duque, ni tampoco estaría del todo satisfecho, creo yo, a menos que hubiera un reino para él en alguna parte.

Los hombres no se satisfacen fácilmente con el honor. El mundo puede inclinarse a los pies de un hombre, entonces él pedirá al mundo que se levante y se incline de nuevo, y así seguir inclinándose para siempre, porque la codicia del honor es insaciable. El hombre debe ser honrado, y aunque el rey Asuero haga de Amán el primer hombre del imperio, de nada sirve todo esto, mientras Mardoqueo en la puerta no se incline ante mi señor Amán. Hermanos, aprended a contentaros, sea cual fuere vuestro estado.

Y aquí permítanme dirigirme a los ancianos y diáconos de esta iglesia. Hermanos, aprended a contentaros con el cargo que ocupáis, sin envidiar ningún honor superior para enalteceros. Me dirijo a mí mismo. Me dirijo al ministerio, me dirijo a todos nosotros en nuestros rangos y grados en la iglesia de Cristo, debemos estar contentos con el honor que Dios se complace en conferirnos, es más, no pensemos en el honor, sino estemos contentos de darlo todo, sabiendo que no es más que un soplo de aliento después de todo.

Estemos dispuestos a ser siervos de la iglesia y a servirles sin esperar nada, si es necesario incluso sin la recompensa de su agradecimiento, con tal de que recibamos la buena sentencia de labios del Señor Jesucristo. Debemos aprender, en cualquier estado en que nos encontremos, a contentarnos con ello.

Con un poco más de extensión tengo que aconsejar a los **pobres**.

"He aprendido", dice el apóstol, "a contentarme, cualquiera que sea mi situación".

Un gran número de mi congregación actual pertenece a aquellos que trabajan duro, y que tal vez, sin ninguna reflexión poco amable, puedan ser incluidos en el grupo de los pobres. Tienen lo suficiente, apenas lo suficiente, y algunas veces están incluso reducidos a la miseria. Ahora recuerden, mis queridos amigos, ustedes que son pobres, que hay dos clases de pobres en el mundo. Hay pobres del Señor, y hay pobres del diablo. En cuanto a los pobres del diablo, se empobrecen por su propia ociosidad, su propio vicio, su propia extravagancia. No tengo nada que decirles esta noche.

Hay otra clase, los pobres del Señor. Son pobres a través de probadas providencias, pobres, pero laboriosos, trabajando para encontrar todas las cosas honestas a la vista de todos los hombres, pero, sin embargo, continúan siendo contados entre los pobres y los necesitados, a través de una inescrutable providencia. Ustedes me excusarán, hermanos y hermanas, al exhortarlos a estar contentos, y sin embargo, ¿por qué debo pedir excusas, ya que es parte de mi oficio estimularlos a todo lo que es puro, amable y de buen nombre? Os ruego que, en vuestra humilde esfera, cultivéis el contentamiento.

No seas ocioso. Procura, si puedes, elevar tu posición mediante una habilidad superior, una perseverancia constante y una templanza. No seas tan extravagante como para vivir enteramente sin cuidado ni esmero, porque el que no provee para su propia casa con cuidadosa previsión, es peor que un pagano y un publicano, pero al mismo tiempo, sé contento, y donde Dios te ha colocado, esfuérzate por adornar esa posición, sé agradecido con Él, y bendice Su nombre. Y les daré algunas razones para hacerlo.

Recuerda que si eres pobre en este mundo, también lo fue tu Señor. Un cristiano es un creyente que tiene comunión con Cristo, pero un cristiano pobre tiene abierta en su pobreza una línea especial de comunión con Cristo. Vuestro Maestro vestía un traje de campesino y hablaba un lenguaje de campesino. Sus compañeros eran los pescadores. No se vestía de púrpura y lino fino, ni vivía suntuosamente todos los días. Sabía lo que era pasar hambre y sed, es más, era más pobre que tú, pues no tenía dónde reclinar la cabeza. Deja que esto te consuele. ¿Por qué habría de estar un discípulo por encima de su Maestro, o un siervo por encima de su Señor?

En tu pobreza, además, eres capaz de comulgar con Cristo. Puedes decir: "¿Cristo era pobre? Ahora puedo simpatizar con Él en su pobreza. ¿Estaba cansado, y se sentó así en el pozo? Yo también estoy cansado, y puedo tener comunión con Cristo en ese sudor que corrió por Su frente".

Algunos de tus hermanos no pueden llegar tan lejos como tú, y ellos hicieron mal en intentarlo, pues la pobreza voluntaria es maldad voluntaria. Pero en la medida en que Dios te ha hecho pobre, tienes una facilidad para caminar con Cristo, donde otros no pueden. Puedes ir con Él a través de todas las profundidades de la preocupación y la aflicción, y seguirlo casi hasta el desierto de la tentación, cuando estás en tus apuros y dificultades por falta de pan. Que esto siempre te alegre y te consuele, y te haga feliz en tu pobreza, porque tu Señor y Maestro es capaz de compadecerse y socorrerte.

Permitidme que os recuerde de nuevo que debéis estar contentos, porque, de lo contrario, desmentiréis vuestras propias oraciones. Te arrodillas por la mañana, y dices: "Hágase tu voluntad". Supón que te levantas y quieres tu propia voluntad, y te rebelas contra la dispensación de tu Padre celestial, ¿no te habrás hecho a ti mismo un hipócrita? el lenguaje de tu oración está en desacuerdo con el sentimiento de tu corazón. Que siempre te baste pensar que estás donde Dios te puso.

¿No has oído la historia del niño heroico a bordo del barco en llamas? Cuando su padre le dijo que se colocara en un lugar determinado del barco, no se movió hasta que su padre se lo ordenó, pero permaneció inmóvil cuando el barco estaba en llamas.

Aunque le advirtieron del peligro que corría, se mantuvo firme. Se quedaría allí hasta que su padre le dijera que se moviera. El barco voló por los aires y él pereció en su fidelidad.

¿Y será un hijo más fiel a un padre terrenal que nosotros a nuestro Padre que está en los cielos? Él lo ha ordenado todo para nuestro bien, ¿y puede olvidarse de nosotros? Creamos que todo lo que Él designe es mejor, elijamos más bien Su voluntad que la nuestra. Si hubiera dos lugares, uno un lugar de pobreza, y otro un lugar de riquezas y honor, si yo pudiera elegir, sería mi privilegio decir: "Sin embargo, no como yo quiero, sino como tú quieres".

Se me ocurre otra reflexión. Si eres pobre, deberías estar contento con tu posición porque, no lo dudes, es la más adecuada para ti. La sabiduría infalible echó tu suerte. Si fueras rico, no tendrías tanta gracia como ahora. Tal vez Dios sabía que si no te hacía pobre, nunca te llevaría al cielo, y por eso te ha mantenido donde estás, para conducirte allá.

Supongamos que hay un barco de gran tonelaje que debe remontar un río, y en una parte del río hay un canal poco profundo, si alguien preguntara: "¿Por qué el capitán dirige su barco por la parte profunda del canal?". Su respuesta sería: "Porque no llegaría a puerto si no lo llevara por este rumbo". Así, puede ser, que te quedarías encallado y sufrirías el naufragio si tu Divino Capitán no te hiciera cruzar siempre por la parte más profunda del agua, y te hiciera ir por donde la corriente corriera con mayor velocidad.

Algunas plantas mueren si están demasiado expuestas, puede ser que estés plantado en alguna parte protegida del jardín donde no recibes tanto sol como quisieras, pero has sido puesto allí como una planta de Su propia plantación justa, para que produzcas fruto hasta la perfección. Recuerda esto: si cualquier otra condición hubiera sido mejor para ti que aquella en la que te encuentras, Dios te habría puesto allí. Tú eres puesto por Él en el lugar más adecuado, y si hubieras tenido la elección de tu suerte media hora después, habrías regresado y habrías dicho: "Señor, escoge por mí, pues no he escogido lo mejor, después de todo".

Tal vez hayas oído la vieja fábula de Esopo, de los hombres que se quejaron a Júpiter de sus cargas, y el dios, enfadado, les ordenó que cada uno se deshiciera de su carga y tomara la que más le gustara. Todos acudieron y así se lo propusieron.

Había un hombre que tenía una pierna coja, y pensaba que le iría mejor si tuviera un ojo sin vista, el hombre que tenía un ojo sin visión pensaba que le iría mejor si tuviera que soportar la pobreza y no la ceguera, mientras que el hombre que era pobre, pensaba que la pobreza era el peor de los males, no le importaría soportar la enfermedad del hombre rico si pudiera tener sus riquezas. Así que todos hicieron un cambio.

Pero la fábula dice que al cabo de una hora estaban todos de vuelta otra vez, pidiendo poder tener sus propias cargas, pues encontraban la carga original mucho más ligera que la que habían tomado por su propia elección.

Así encontrarás esto. Entonces conténtate, no puedes mejorar tu suerte. Toma tu cruz, no podrías tener mejor prueba que la que tienes, es la mejor para ti, la que más te zarandea, la que más bien te hará, y la que probará ser el medio más eficaz de hacerte perfecto en toda buena palabra y obra para la gloria de Dios.

Y ciertamente, mis queridos hermanos, si necesitara agregar otro argumento por el que debieran estar contentos, sería este, cualquiera que sea su problema, no es por mucho tiempo, puede que no tengan una propiedad en la tierra, pero tienen una grande en el cielo, y tal vez esa propiedad en el cielo será tanto más grande a causa de la pobreza que han tenido que soportar aquí abajo.

Puede que apenas tengas una casa donde cubrir tu cabeza, pero tienes una mansión en el cielo, una casa no hecha con manos humanas. Tu cabeza puede yacer a menudo sin almohada, pero un día llevará una corona. Tus manos pueden estar llenas de ampollas por el trabajo, pero tocarán las cuerdas de arpas de oro. Puede que a menudo tengas que volver a casa para cenar hierbas, pero allí comerás pan en el reino de Dios y te sentarás a la cena de las bodas del Cordero.

***"El camino puede ser duro, pero no puede ser largo,  
así que lo suavizaremos con esperanza y lo alegraremos con canciones".***

Dentro de poco, el doloroso conflicto habrá terminado. Coraje, compañeros, coraje, vestiduras brillantes para los conquistadores. Ánimo, hermano mío, ánimo, puede que te hagas rico antes de lo que sueñas, tal vez ahora no hay más que un paso entre tú y tu herencia. Tal vez vuelvas a casa temblando bajo el frío viento de marzo, pero antes de que amanezca estarás en el seno de tu Señor.

Soporta pues tu suerte, sopórtala. Que no murmure como otros el hijo de un rey, que tiene una hacienda más allá de las estrellas. No eres tan pobre como los que no tienen esperanza; aunque parezcas pobre, eres rico. No dejes que tus pobres vecinos te vean desconsolado, sino que vean en ti esa santa calma, esa dulce resignación, esa tierna sumisión, que hace al pobre más glorioso que el que lleva una corona, y levanta al hijo de la tierra de su rústica morada, y lo coloca entre los príncipes de la sangre real del cielo. Sed felices, hermanos, estad satisfechos y contentos. Dios quiere que aprendáis, en cualquier estado en que os encontréis, a estar contentos.

Y ahora, sólo una o dos palabras para los **sufrientes**.

Todos los hombres nacen para el dolor, pero algunos nacen para una doble porción de él. Como entre los árboles, también entre los hombres hay diferentes clases. El ciprés parece haber sido creado especialmente para estar a la cabecera de la tumba y ser un llorón, y hay algunos hombres, y algunas mujeres, que parecen haber sido hechos a propósito para poder llorar.

Son los Jeremías de nuestra raza, no conocen a menudo una hora libre de dolor. Sus pobres y cansados cuerpos se han arrastrado a lo largo de una vida miserable, tal vez enfermos incluso desde su nacimiento, sufriendo alguna penosa enfermedad que no les permite conocer ni siquiera la alegría y la diversión de la juventud. Crecen hasta el luto, y cada año de sufrimiento clava su reja de arado más profundamente en sus frentes, y son propensos (¿y quién puede culparlos?) a murmurar y decir: "¿Por qué estoy así? No puedo disfrutar de los placeres de la vida como otros, ¿por qué?".

"¡Oh!" dice alguna pobre hermana, "la tisis me ha mirado, esa enfermedad caída ha blanqueado mi mejilla. ¿Por qué he de venir, casi sin poder respirar, a la casa de Dios, y después de sentarme aquí, agotada por el calor de este santuario abarrotado, retirarme a mi casa, y prepararme para emprender un trabajo diario demasiado pesado para mí, mi misma cama no me da reposo, y mis noches asustadas con visiones y espantadas con sueños, por qué es esto?".

Yo digo que si estos hermanos y hermanas se lamentan, no estamos para culparlos, porque cuando estamos enfermos, lo soportamos mal, y murmuramos más que ellos. Admiro la paciencia, porque me siento tan incapaz de ella. Cuando veo a un hombre sufrir, y sufrir valientemente, a menudo me siento pequeño en su presencia. Me maravillo, sí, admiro y amo al hombre que puede soportar el dolor, y decir tan poco al respecto.

Nosotros, que somos naturalmente sanos y fuertes, cuando sufrimos, apenas podemos soportarlo. César gime como una niña enferma, y lo mismo hacen algunos de los más fuertes cuando son abatidos, mientras que los que siempre están soportando el sufrimiento lo soportan como héroes, mártires del dolor, y sin embargo no emiten ni una queja.

El buen Juan Calvino fue toda su vida víctima de la enfermedad, estaba en una complicación de enfermedades. Su rostro, cuando era joven, como puede juzgarse por los diferentes retratos que de él se han hecho, mostraba los signos de la decadencia, y aunque vivió mucho tiempo, parecía como si siempre fuera a morir al otro día.

En lo más profundo de su agonía, aquejado de fuertes dolores en la columna vertebral y de una enfermedad aguda, el único grito que se le conoció fue: "Domine usquequo? ¿Hasta cuándo, Señor? ¿Hasta cuándo, Señor?". Nunca utilizó una expresión de más lamento que ésta.

¡Ah! pero nosotros nos ponemos a patalear contra los agujones, murmurando y quejándonos. Hermanos y hermanas, la exhortación para ustedes es que se contenten. Vuestros dolores son agudos, pero "Sus golpes son menos que vuestros delitos, y más ligeros que vuestra culpa". De las penas del infierno os ha librado Cristo. ¿Por qué habría de quejarse un hombre vivo? Mientras estés fuera del infierno, la gratitud puede mezclarse con tus gemidos.

Además, recuerda que todos estos sufrimientos son menores que Sus sufrimientos. "¿No puedes velar una hora con tu Señor?". Él cuelga del madero con las miserias de un mundo en Sus entrañas, ¿no puedes soportar estas miserias menores que caen sobre ti? Recuerda que todos estos castigos obran para tu bien, todos te están preparando, cada golpe de la vara de tu Padre te está acercando a la perfección. La llama no os hiere, sólo os refina y os quita la escoria.

Recuerda también que tu dolor y tu enfermedad ya te han sido tan grandemente de bendición, que nunca deberías rebelarte. "Antes de ser afligido me descarrié, pero ahora he guardado tu palabra". Tú has visto más del cielo a través de tu enfermedad, que lo que hubieras podido ver si hubieras estado bien. Cuando estamos bien, somos como hombres en una choza de barro, no podemos ver mucha luz, pero cuando la enfermedad viene y sacude la choza, y derriba el barro, y hace temblar los zarzos de la pared, y hay una grieta o dos, la luz del sol del cielo brilla a través.

Los hombres enfermos pueden ver mucho más de la gloria que los hombres cuando están sanos. Este duro corazón nuestro, cuando no es perturbado, se vuelve desagradable. Cuando las cuerdas de nuestra arpa están todas descordadas, hacen mejor música que cuando están bien tensadas. Hay notas celestiales que sólo nos llegan cuando estamos encerrados en el cuarto oscuro. Hay que prensar las uvas antes de destilar el vino. El trabajo del horno es necesario para que seamos útiles en el mundo. Seríamos lo más pobre que puede haber, si no enfermáramos a veces.

Tal vez ustedes que son a menudo probados y frecuentemente doloridos, apenas habrían valido nada en la viña de Cristo, si no hubiera sido por esta prueba de su fe. Tienes una afilada limadura, pero si no hubieras sido bien limado, no habrías sido un instrumento apto para el uso del Señor, te habrías oxidado demasiado. Si Él te hubiera mantenido siempre libre del sufrimiento, te habrían faltado a menudo esos dulces cordiales que el Médico de las almas administra a Sus pacientes desmayados.

Conténtate entonces, pero siento como si apenas debiera decirlo, porque yo mismo no estoy enfermo. Cuando vine a ustedes una vez, desde el aposento del sufrimiento, pálido, y delgado, y enfermo, y en mal estado, recuerdo que me dirigí a ustedes a partir de ese texto, que fue bendecido por algunos allá lejos en América: "Si es necesario, estáis afligidos por múltiples tentaciones". Entonces pienso que muy justamente podría haberles dicho: "En cualquier estado en que te encuentres, confórmate", pero ahora que yo mismo no estoy sufriendo, no siento que pueda decirlo tan audazmente como podía hacerlo entonces. Pero sin embargo, que así sea, hermanos y hermanas, intentad si podéis e imitad a este amado apóstol Pablo. "Pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación".

Antes de despedirlos, hay otra frase. Ustedes que no aman a Cristo, recuerden que son las personas más miserables del mundo. Aunque se crean felices, ninguno de nosotros se cambiaría por el mejor de ustedes.

Cuando estamos muy enfermos, muy pobres, y al borde de la tumba, si intervinieras y nos dijeras: "Ven, cambiaré de lugar contigo, tendrás mi oro, y mi plata, mis riquezas, y mi salud", y cosas semejantes, no hay un solo cristiano viviente que cambiaría de lugar contigo. No nos detendríamos a deliberar, les daríamos de inmediato nuestra respuesta: "No, sigan su camino, y deléitense con lo que tienen, pero todos sus tesoros son transitorios, pronto pasarán. Nosotros nos quedaremos con nuestros sufrimientos, y vosotros con vuestros llamativos juguetes".

Los santos no tienen más infierno que el que sufren aquí en la tierra, los pecadores no tendrán más cielo que el que tienen aquí en este pobre mundo turbulento. Nosotros tenemos nuestros sufrimientos aquí y nuestra gloria después, vosotros podéis tener vuestra gloria aquí, pero tendréis vuestros sufrimientos por los siglos de los siglos. Que Dios les conceda corazones nuevos y espíritus rectos, una fe viva en un Jesús vivo, y entonces les diría lo mismo que les he dicho a los demás, en cualquier estado en que se encuentren, estén contentos.